

SEGUNDA PARTE.

El Hombre y la Naturaleza.

CAPÍTULO I.

LA LEY.

Se llama ley una regla invariable por la cual se rigen las cosas ó los hombres. Todos los seres de la naturaleza, con excepción del hombre, obedecen involuntaria é inconscientemente á las leyes naturales. Los mexicanos estamos sujetos á nuestras sabias leyes constitucionales, que tienen como base el respeto á los derechos del hombre y que castigan al que deja de acatarlas. El hombre, cualquiera que sea su nacionalidad; y ya que habite en una montaña, en la selva ó en el desierto, lleva dentro de sí mismo, en su conciencia, una ley que debe obedecer, esta es la *ley moral*: él puede *libremente* obedecerla ó dejar de acatarla y por eso es responsable de sus actos.

Leyes naturales.—Yo estoy segura de que nunca al levantaros en la mañana habéis buscado el sol por el Occidente, ni nunca habéis esperado verlo ocultarse por el Oriente; tampoco habéis preparado vuestros abrigos de lana para el mes de Mayo, ni os ha ocurrido alistar trajes ligeros para el mes de Diciembre. Ni tampoco habéis pensado que al desprenderse los frutos de los árboles habían de quedar danzando en el espacio. Sabéis que en la naturaleza todos los seres, con excepción del hombre, verifican sus actos de una manera invariable, que todo pasa siempre y se repite del mismo modo en virtud de las *leyes naturales*. Declararíamos loca á la persona que entablara un juicio contra una piedra que le cayó en la cabeza y le lastimó, contra una rosa que le clavó sus espinas, contra la culebra que le mordió ó contra el gato que le dió un arañío, porque todos esos seres obran de una manera *inconsciente* y son por eso *irresponsables de sus actos*.

La Conciencia, la ley moral.—La conciencia es como un tribunal que llevamos á todas partes dentro de nosotros mismos, y cuyos mandatos constituyen la ley moral. El salvaje tiene una idea tan vaga de su conciencia, que solemos por eso *disculpar* sus actos. El hijo del hombre civilizado puede desde niño percibir claramente la voz de su conciencia; ¿quién

de vosotras no ha sentido alguna vez una especie de descontento, de tristeza, de malestar, que se llama remordimiento de conciencia? Líbreme Dios de creerlos capaces de cometer grandes males; pero es ese tribunal de que hablo, tan delicado, tan severo, que nos avisa de las más ligeras faltas, aunque solamente hagamos á veces la intención de cometerlas. Creo que habéis leído el cuento de un príncipe á quien le regalaron una sortija que tenía la virtud de producirle un piquete en el dedo por cada vez que el príncipe hacía algo malo. Esa sortija es como una alegoría de la conciencia. Así también toda acción buena, por oculta que quede á los ojos de nuestros semejantes, tiene en la conciencia su aprobación.

El libre albedrío. La responsabilidad.—El hombre que hace una ofensa á su semejante, que le arroja una piedra en la cabeza ó le clava un puñal en el pecho, hace lo que quiere porque tiene libre albedrío, sabe que hace mal porque tiene conciencia, y es responsable por no haber querido obedecer la ley moral que nos manda respetar á nuestros semejantes. Vosotras mismas, á pesar de vuestra edad, á pesar de que dependéis de vuestros padres y de vuestras profesoras, *tenéis libre albedrío*, es decir, que tenéis la *facultad de elegir entre el bien y el mal*. Así, por ejemplo, mientras yo doy la clase, puedo impedir que

salgáis de la sala, puedo imponeros el silencio que el reglamento de todas las escuelas exige; pero si alguna entre vosotras se propone no oír lo que digo, ni ejecutar lo que prescribo en mi clase de moral, confieso que yo no tengo el poder de hacerme oír ni obedecer. Mas yo puedo, observando vuestra actividad y la expresión de vuestras miradas, saber el grado de vuestra aplicación, y no he de apreciar lo mismo á la que hasta se forma con la mano una especie de bocina, para no perder una sola de mis palabras, que á quien pone tan vaga la mirada que parece dormir con los ojos abiertos. Tampoco podrán obtener todas el mismo resultado en sus exámenes, y mientras que unas harán llorar de satisfacción á sus madres por haber merecido mención honorífica, otras arrancarán á sus pobres madres lágrimas de dolor, y llorarán ellas mismas lágrimas de remordimiento porque fueron las *culpables* al salir reprobadas. Y no se podrá decir otra cosa, sino que como las niñas tienen *libre albedrío han sido responsables de su comportamiento, y sufrido las consecuencias de sus actos*.

CAPÍTULO II.

LA ACTIVIDAD.

La actividad universal.—¡Todo es silencio, soledad y calma! dicen algunos poetas en sus

románticas canciones: ¡qué mentira! Podiéramos creer en el silencio, si el *micrófono* no hubiera venido á revelarnos el ruido que producen en la alfombra las patas de las moscas; sería posible creernos los solos pobladores de una playa desierta, si el microscopio no nos hubiera mostrado entre las nubes densas de átomos brillantes, miriadas incontables de seres vivos que pueblan el espacio. ¡La calma. . . ! ¿dónde está, si en el sepulcro mismo, en la dura roca, aparentemente inmóvil, las fuerzas de la naturaleza modifican, transforman y sostienen la materia, por medio de trabajos constantes? La fuerza de cohesión uniendo las moléculas sujetas á movimientos rítmicos; la afinidad uniendo con invisibles lazos las atómicas porciones de los múltiples cuerpos que constituyen la naturaleza; las aguas demoliendo con su vaivén y su rodar constante las gigantescas moles de las rocas, que fracturadas en impalpables átomos, van á quedar más lejos, transformadas en blanca estalactita; el Astro-rey que con sus triples rayos evapora, ilumina, descompone, colora, retiene, adhiere, crea, fertiliza y acrece, ¿qué hacen en la tierra, sino ponerlo en movimiento todo? Subamos en la escala de la naturaleza y estudiemos la existencia de los seres orgánicos. El vegetal dirigiendo sus raíces hacia el lugar de la tierra en que ha de encontrar las sales que necesita para su nutri-

ción, y que por medio de misteriosa labor se transforma en la savia que circula por el tallo, ya bajo la forma de vistoso tinte, de dulce licor ó de útil resina; las hojas devolviendo al aire el gas vital, mientras enriquecen con el carbono sus tejidos; las flores preparándose por medio de misteriosas atracciones y combinados movimientos, para la fecundación del pequeño órgano que ha de transformarse en sazonado fruto; los insectos ayudando inconscientemente á la transformación del fecundante polen, y enriqueciendo su morada con la dulce miel con que el hombre se regala; todo, todo está en movimiento. Ved á la golondrina revolando por entre los aleros de la casa, va y viene alegremente, pero no en vano levanta y abate su incesante vuelo: ved cómo va recogiendo con el pico pedacitos de barro para *fabricar previamente el hogar de su prole*, para quien seguirá con infatigable actividad buscando el alimento. Y apenas el cuerpo de las pequeñas avecillas se ha cubierto de plumas, miradles también cómo se alejan del nido, cantando y aleteando contentas de su poder y de su juventud. Ved más allá el castor dándonos ejemplo de orden, de unión y de previsión. Todo se mueve, todo se agita, todo trabaja: esta es la *la actividad universal*. Y en tanto ¿qué hace el hombre?

Actividad humana.—Mientras que la naturaleza está en actividad constante, ¿qué hace

el hombre? decís ¿acaso permanece inerte? ¿Puede estarlo? Su pecho se dilata instante por instante, su corazón late sin cesar, la sangre da vuelta por su cuerpo y en cada órgano va insensiblemente despojándose de la parte que toman á su paso los músculos, los nervios, los tejidos todos del organismo: la sangre disminuye, se gasta la energía, las fuerzas faltan, el hombre tiene hambre, necesita comer. Los pies y las manos se mueven, pero eso no basta: es preciso coordinar los movimientos, dirigirlos á un fin determinado, es preciso *trabajar*. El hombre no ha de ir como las bestias, á devorar lo que encuentra á su paso, él no obra por instinto como los animales, y puede pensar, buscar y encontrar un medio noble de satisfacer sus necesidades. Hubo una época en que el hombre tuvo una existencia semejante á la de los irracionales: sólo tenía necesidades físicas y á veces luchaba uno contra otro por arrebatarse una presa; pero el sér intelectual y el sér moral han ido sobreponiéndose al animal, y hoy el hombre no se contenta con satisfacer sus necesidades físicas, no le basta *comer*, *necesita saber*; inquiere, piensa y *busca el aprecio de sus semejantes*; pero aún le falta mucho para encontrar la armonía en su actividad.

Ved allí un hombre de piernas cortas, de largos brazos y de grueso abdomen, casi desnudo, y doblegándose bajo la pesada carga que

apenas puede su cuerpo soportar. Mirad cómo gotea de su frente el sudor, su andar es fatigoso, su respiración es anhelante, y así va atravesando caminos escarpados y dejando por entre los riscos y los zarzales las huellas ensangrentadas de sus pies; es el *chamula*, es el *maya*, el indio mexicano, el hombre salvaje, es vuestro hermano inculto, que más parece vuestra bestia de carga, vuestra mula.

Allí, reclinado muellemente sobre el cojín de cómodo sofá, ved á ese elegante joven de investigadora mirada y pensadora frente, de melancólica fisonomía y pálido semblante, y de constitución endeble y enfermiza: sus pies, sus manos, sus miembros todos permanecen inmóviles; pero mirad: el hondo surco de su espaciosa frente y la luz refulgente de sus ojos, revelan el trabajo de su inteligencia. ¿En qué trabaja? ¿En qué piensa? Tal vez combina en su mente la manera de hacer más productiva la riqueza de la República, ó de distribuir de una manera más económica los fondos del Gobierno. O puede ser el poeta soñador que lamenta el atraso moral de nuestro pueblo, y que pinta en inspirados versos los ideales con que sueña para la amada patria. O quién sabe si es el joven calavera, que mira pasar por entre los espirales de humo de su habano, pálidos fantasmas que proyectan la sombra en su conciencia.

Mirad entre las sombras del triste cemen-

terio, arrodillada á una joven mujer cuya fisonomía no puede distinguirse porque la oculta entre sus manos, apoyando la frente sobre el duro mármol de una tumba. Las pálidas gasas de la tarde quedaron envueltas entre las sombras de la noche oscura. Los melancólicos cipreses se inclinan tristemente y parece que sollozan al contacto de la nocturna brisa, y entre su aplumado follaje el ruiseñor *ya canta*. . . . Y las horas avanzan. . . . las estrellas van recogiendo ya sus vivos resplandores para ceder su paso á los tintes pálidos del alba. . . . más ella nada escucha. . . nada mira. . . . su cuerpo inmóvil no parece que siente el frío de la noche. . . . ¿Qué hace allí esa mujer? Solloza y llora. . . . es una pobre madre. . . . oíd de cuando en cuando alguna frase entrecortada y triste que sale de sus labios: ¡Pobre hijo mío. . . ! ¡Desgraciada de mí. . . yo, tu madre amorosa, la que aún te adora tanto, ha causado tu muerte, caro niño. ¡Oh necia vanidad, ciega ignorancia. . . cuán caros me costásteis!

Obediencia á las leyes naturales.—Os ha ocurrido alguna vez pensar en lo que sucedería si por un momento dejaran de cumplirse las leyes naturales? Figuráos que por un momento dejara la tierra de ejecutar su movimiento de traslación; imaginad que suspendiera su movimiento de rotación, pensad que deje de ejercer su atracción sobre los cuer-

pos, que el vapor de los mares se levante para no caer más sobre la tierra, ó que el Sol deje de ejercer su acción sobre nosotros; fijáos en el acto que os parezca más insignificante, suprimidlo en vuestra imaginación y veréis qué innumerables trastornos, qué cataclismos espantosos se producirían en la naturaleza si uno solo de los seres que la componen se substrajera á las leyes que la rigen.

¿No os alegra observar este orden admirable, esta hermosa armonía que reina en medio de la actividad universal? Esta bella armonía, ¿lo comprendéis? es el efecto, el *resultado de la invariable obediencia á las leyes naturales.*

Desobediencia á la ley moral.—¿Es semejante á la armonía que reina en la naturaleza, la que produce en la sociedad la actividad humana? ¿Os habéis detenido ante los paredones del triste hospital ó de la pavorosa cárcel? ¡La cárcel! ¿No os causa más pavor, más tristeza que el lúgubre cementerio? ¿Qué largas deben parecer al prisionero sus tristes noches de soledad y de remordimiento. . . ! ¿Qué humillante debe ser para un hombre pasar por entre la muchedumbre curiosa y despiadada que lo sigue con mirada impertinente y con perversos silbidos. . . ! ¿Cómo querría el desgraciado delincuente que el sol se obscureciera para que nadie leyese en su semblante la vergüenza, el remordimiento,

el despecho y el dolor. . . . ! ¡Cómo siente que la tierra se hunde bajo sus pies cuando el juez inexorable pronuncia la sentencia de muerte. . . ! ¿Por qué las leyes de los hombres castigan tan duramente á un semejante? Porque ese sentenciado es un criminal, un hombre que ha *faltado á la ley moral*, base de *nuestras leyes constitucionales*, ha atropellado el derecho ajeno arrebatando la propiedad y la vida de su semejante, en vez de ejercitar sus facultades en el trabajo, ha empleado su actividad en tomar para sí el producto del trabajo ajeno; él ahogó en su corazón la voz de su conciencia, *desobedeciendo la ley moral, y sufre las consecuencias de sus propios actos*. No siempre hay una cárcel expiatoria para el criminal: puede el hombre escaparse del castigo de la autoridad y aún del franco desprecio de sus semejantes; pero nunca puede escapar al tribunal de su propia conciencia. Carlos IX, que hizo morir en la noche de San Bartolomé más de cincuenta mil inocentes, como era el rey de Francia, pudo morir adulado de sus cortesanos; pero fué atormentado en su lecho de muerte por ensangrentados fantasmas que con encarnizamiento parecían seguirlo en su delirio.

Si nosotros ejercitáramos nuestras facultades obedeciendo á la ley moral, nuestra actividad produciría, del mismo modo que la naturaleza, el orden y la armonía, y merecería-

mos la *sanción moral*, es decir, la aprobación de nuestra conciencia y la de nuestros semejantes.

Desgraciadamente, dejando á veces embotar nuestras facultades, ó abusando de ellas, nuestra actividad produce trastornos en nuestra existencia.

Los hospitales son por lo regular lugares de expiación para el hombre aturdido que sin reflexionar derrocha los caudales de energía que la naturaleza le había dado.

Moderación de la actividad.—No creais que sólo es vituperable gastar nuestras fuerzas en los placeres; el que trabaja inconsideradamente tiene el mismo fin que el que se entrega á goces inmoderados. He oído comparar algún sentimiento con el líquido contenido en una botella, que puede durar más ó menos tiempo, según la proporción en que se consume, y yo me figuro que cada sér humano es como una botella que contiene cierta cantidad de energía, y que aunque de la misma manera que hay botellas más ó menos grandes, puede haber personas con más ó menos energía, nadie puede contar con un manantial inagotable de ella, y una vez agotada, la actividad cesa, y el desequilibrio no sólo se produce en el individuo, sino en la sociedad, porque cada sér incapaz de llenar sus propias necesidades, sigue satisfaciéndolas á *expensas de los otros*, y cada sér que se ve precisado á *redoblar* sus

esfuerzos para acudir al auxilio del imposibilitado, llegará también á *inutilizarse* perjudicando á la sociedad. Debemos, pues, en cuanto esté en nuestra mano, ejercitar nuestras facultades sin abusar de ellas, y de este modo llegará un día á producirse la armonía en la sociedad por medio de la actividad humana.

CAPÍTULO III.

DIOS.—LA MORAL.

Después de volver los ojos dentro de nosotros mismos, y de echar una mirada sobre la naturaleza, no puede menos que alzarse dentro de nuestra propia alma el pensamiento que los labios traducen pronunciando con profundo respeto esta palabra: *Dios*. La ley manda que la escuela sea *laica*, sin religión; pero es imposible, para nosotros al menos, separar estas dos ideas: Dios y Moral. Si la moral nos enseña á amar á nuestros padres por gratitud, á venerar al sabio y admirar al genio ¿cómo es posible desentenderse de la gratitud que debemos al que hizo al hombre Rey del Universo?

¿Puede acaso admirarse el orden, el ritmo, la armonía que reina en la naturaleza, sin pensar en el Autor del cuadro universal, que es belleza, es encanto y es poema? Ir del fanatismo al ateísmo, fuera lo mismo que salir

del Infierno, para caer en la sombra del Limbo. Dios es luz, es claridad, es esperanza. Es faro salvador en las borrascas de la vida. El fanatismo de las religiones separa á los hombres; pero la religión, el principio religioso, une los corazones.

Bien puede el hombre arrodillarse ante el dios Apis ó el Ibis ó el Loto ó la Montaña; no importa que adore á Quetzatcoatl, bajo la forma de culebra con plumas ó de estrella; que vuelva la mirada al cielo y encuentre allí el vacío; todos llevamos en la conciencia á Dios. El niño que sonríe entre dormido sueña con Él, le oye, le mira; el huérfano lo invoca, el náufrago lo calma, el criminal implora su perdón; lo admira el sabio, y el hombre dichoso lo bendice. Y el sollozo, la lágrima, el gemido, la sonrisa y el canto, son plegaria

La fraternidad universal es el gran pensamiento de los moralistas. El cariño fraternal es el lazo de amor que une á los hermanos; la fraternidad universal sería el lazo que uniera á los hombres como hermanos. El primero, es la mayor satisfacción del amor paternal; la segunda sería la plegaria más grata para Dios. ¿Queréis agradar al pintor? Admirad sus cuadros. ¿Queréis halagar al músico? Prestad atención á sus armonías. ¿Queréis atraeros la simpatía del poeta? Escuchad sus poemas. ¿Queréis llenar á todos de contento? Ensalzad su obra predilecta. Se